

El Nigromante.—¿Y los amores?

La Santa.—Acaso los sacrificaría á mi espíritu de mando y á mi fama.

El Nigromante.—¿Haría vd. mal! No tengo aversion á las mujeres instruidas, ni á las emprendedoras; pero dudo de su sexo cuando no se me presentan con esa guirnalda que se llama la familia. Pudo vd. haber sido buena esposa y buena madre, y sus enfermedades nos sirvieran de estudio y de ejemplo en los libros de medicina. ¿Por qué la mirada de vd. no alumbraba sino desiertos?

La Santa.—¿Para qué es pensar en esos placeres, si no he de volver á la tierra?

El Nigromante.—Sí, volverá vd., señora, el. . .

Fidel y Vigil.—¿Búsquenos vd. entónces, buena señora!

El Nigromante.—El día de la resurreccion de la carne.

La Santa.—Yo veré á ustedes; pero ántes buscaré á mis primos.

Julio 6 de 1871.

BARATILLO

ARTEAGA (D. SIMEON) Y EL NIGROMANTE.

El Nigromante.—Me agrada la conversacion de vd. Señor D. Simeon; porque vd., como la única tia que me queda, cuando se trata de publicar los secretos de la familia, tiene una lengua de campana y un pecho de cristal, donde se agita un corazon ardiente.

Arteaga.—Es inútil que yo encubra las debilidades de los míos; sobre que el público es su confidente, y á veces su cómplice! Muchos tienen en las uñas lo que se ha gastado en té para las elecciones; en nuestros periódicos están apareciendo las disputas entre los diputados hereditarios y los que desean ser sus herederos; ya comienzan las quejas contra los que recibieron alguna cantidad, y ni siquiera nos avisan el lamentable resultado de sus trabajos; á nadie agrada que Mejía se coma á solas lo que está friendo en su sarten; y en dos palabras, todavía no se sabe el resultado de las elecciones, y ya cuantos sospechan que no han servido sino de instrumentos, comienzan á preguntar á qué hora se ve al Sr. Lerdo y si será un presidente tolerante D. Porfirio. Nosotros, como ya todo lo hemos dado, no tenemos esperanzas, ni aun con la victo-

ria, de aumentar nuestras conquistas. Dichosos ustedes, pues pueden disponer de más de doscientos empleos sin otras colocaciones y gajes para asegurarse de nuestros partidarios!

El Nigromante.—Se engaña vd., D. Simeon, creyéndonos en la necesidad de prodigar promesas para aumentar y robustecer los votos que, no escaseando sacrificios, hace más de seis años nos son fieles. La Nación sabe que sus aspiraciones sólo pueden verse satisfechas por el partido porfirista.

Arteaga.—La verdad, yo no veo hoy sino una cuestion de personas; porque al fin, juaristas y porfiristas, todos somos amigos de la Constitucion, defensores de la Reforma é incapaces de traicionar á nuestros principios.

El Nigromante.—Han comenzado ustedes por alejarse de nuestros principios; y aun cuando volviesen al camino recto, les seria imposible seguirnos hasta donde las necesidades de la Nación exigen nuestra presencia.

Arteaga.—No comprendo cómo ya no somos demócratas ni progresistas, ni ménos, cómo los juaristas no podamos caminar tanto como ustedes.

El Nigromante.—Todo lo que he manifestado es cierto. ¿Comprende vd. lo que significa la reeleccion de Juárez? ¿Ha calculado vd. cuáles serán sus inevitables consecuencias?

Arteaga.—La reeleccion no quiere decir sino que D. Benito será otros cuatro años presidente, si es que los vive. Las consecuencias de la reeleccion, suponiendo tras ella la paz, se reducen á que Mejía, Romero, etc., sigan gobernándonos como en el período que está concluyendo; claro, por mal que nos vaya, la irémos pasando como hasta aquí; y eso sucederá tambien con porfiristas y lerdistas. Siquiera no tendrémos ni á D. Sebastian, ni á Zamacona, ni á vd., Señor Nigromante.

El Nigromante.—No nos alejemos de D. Benito. La reeleccion, señor mio, es la monarquía.

Arteaga.—Si se empeñará vd. en probarme que D. Benito quiere restablecer el trono azteca. ¡Ya me va vd. á pintar la liga con el sacerdocio! ¡Las víctimas sacrificadas! ¡Hi! ¡hi! ¡y ha matado hartos el indio maldito! Pero en realidad. . . no

hay más que el antojo de otros cuatro años de presidencia. . . sus amigos necesitan. . . ¿eh?

El Nigromante.—No me costará trabajo persuadirme de que D. Benito no ve más allá de la Tesorería; concedo tambien que muchos le guardan simpatías hasta donde da de sí el forro de sus bolsillos. ¡Bien! pero ustedes creyendo no más caminar, naufragan. Las monarquías no siempre se establecen por la violencia; se imponen en las Repúblicas por hechos que siempre se presentan con la careta del patriotismo. Una reeleccion, sigue á otra reeleccion. Luego vienen los aduladores declarando al hombre necesario; otros protestan bajo su palabra de honor que las instituciones se han encarnado; otros insisten en que la política personal guarda el secreto de la felicidad pública; los más avisados se complacen en ponderar los inconvenientes de la democracia; algunos hipócritamente no demandan sino un plazo para el ejercicio de la dictadura; se ensayan los votos de confianza y las facultades extraordinarias; el ejército se acostumbra á poner un hombre sobre la majestad de la ley; las fuerzas populares en todos los miembros de la sociedad encuentran la atrofia cuando propenden á un tardío ejercicio; todos los intereses penden de una mano. Tarde ó temprano, entónces, llegan al dia en que el cónsul Augusto se llama emperador; en que el cónsul Bonaparte se llama Napoleon I; en que Santa Anna se titula alteza serenísima, y llegará la hora en que D. Benito. . .

Arteaga.—¡Si ya está viejo!

El Nigromante.—Pues bien, le sucederá Tiberio. ¿Comprende vd. ahora todas las consecuencias del mal ejemplo? ¿Contempla vd. el fango que es necesario remover para levantar ese trono que servirá de sepulcro á nuestras instituciones?

Arteaga.—Yo veo que esa corrupcion es general; lo mismo la descubro en juaristas que en lerdistas y. . . Vamos, dígame vd. lo que hará su partido para salvar á la Nación? Nosotros, ya sabe vd., Constitucion, leyes de Reforma. . . ¿cómo salir de ese programa?

El Nigromante.—Realizándolo.

Arteaga.—Lo procuramos hasta donde humanamente podemos.

El Nigromante.—No quiero disputar á ustedes sus buenas intenciones; pero se equivocan en los medios. ¿Cómo se han proporcionado ustedes la opinion de la mayor parte de la prensa? La verdad. . . .

Arteaga.—Los periódicos dependen de diversos ministerios. . . . y de los gobernadores amigos. . . . yo no sé nada de eso.

El Nigromante.—No es verdad que han tolerado ustedes y aun protegido, á jefes que en otras circunstancias hubieran castigado? No es verdad que la libertad del sufragio les hubiera sido contraria?

Arteaga.—Todos intrigan en las elecciones.

El Nigromante.—Y todos tienen ese derecho, ménos la autoridad; ni está en sus facultades, ni cuando abusa es posible competir con ella.

Arteaga.—Pero yo tomé parte en eso, sólo por salvarnos de los traidores.

El Nigromante.—Desde que vd. recibió esa consigna, debió ver á los verdaderos traidores en el Palacio.

Arteaga.—¡Acabemos! ¿Cómo procederán ustedes?

El Nigromante.—Llamando á todo el mundo, y esforzándonos porque aparezca gente nueva.

Arteaga.—Eso de todo el mundo no me gusta. . . .

El Nigromante.—La ley los llama, y no puede de otro modo salvarse la Nacion.

Arteaga.—Nosotros tenemos algunos jóvenes.

El Nigromante.—Hijos de un mal parto.

Arteaga.—Ya tenemos sobre la escena á todo el mundo; el palacio se llena de gente nueva; ¿qué más sabrán esos señores que D. Benito, que nosotros?

El Nigromante.—D. Benito y ustedes no saben sino lo viejo.

Arteaga.—¿La constitucion ha envejecido? ¿La Reforma? ¿El Progreso?

El Nigromante.—Ustedes, como pericos, sólo saben decir: *Progreso, Reforma, Constitucion!* Otros sabrán practicar esos principios.

Arteaga.—Si no es en la escuela de D. Benito y Mejía, ¿dónde aprenderán esa práctica?

El Nigromante.—En sus propias necesidades. La naturaleza quiere que todo lo que ha llegado á su madurez se conserve por sus propias fuerzas; que todo lo decrepito muera; que todo lo nuevo se vea esmeradamente protegido; el árbol da sombra á sus renuevos, el águila cuida de su cría, y la sociedad sólo se preocupa de sus nacientes necesidades. D. Benito, vd. y todos ustedes reducen la política á intrigas electorales, á gastos secretos, á corrupcion de diputados y á derramar sangre con frecuencia. Otra cosa desea y necesita la Nacion: caminos, puentes, colonias, libertad municipal.

Arteaga.—Protegemos algunas empresas. . . .

El Nigromante.—En lo que ellas pueden solapar el robo! Por eso todo lo centralizan ustedes; el verdadero padre del monopolio es el despotismo.

Arteaga.—¿Conque nosotros hemos envejecido? Pues algunos de ustedes los porfiristas no son muy nuevos!

El Nigromante.—Por eso convocamos á todo el mundo.

Arteaga.—¿Luego todos estamos inservibles?

El Nigromante.—¡No tanto! Representamos algo en la sociedad; pero nuestro valor es modesto. ¿Ha estado vd. en el baratillo? Es un mercado necesario; pero siempre el ínfimo. El partido juarista es el verdadero baratillo de la política. Espadas mohosas, ó aunque nuevas muy frágiles; un derecho constitucional comido por las ratas; una caja sin fondo; ferrocarriles descompuestos para los muchachos; puñales y ganzúas; libreas de lacayo; unas ánimas benditas; caretas usadas; toda clase de trastos, toda clase de animales y toda clase de léperos; y un ídolo fabricado hace pocos dias para admiracion de algun papanatas extranjero.

Arteaga.—Pero, ¿no hay nada bueno en ese baratillo?

El Nigromante.—Sí, vd. y todos mis amigos; por eso los

juzgo á ustedes en ese lugar como de paso. Sólo Caton está sentado en cucullas.

Arteaga.—No me persuado de que Porfirio no necesite aprender algo para ser presidente. Recuerdo un verso del Valiente Justiciero:

Miradlo, señor, más bien;
Que no tendrá suficiencia
Quien esto no ha ejercitado.

El Nigromante.—Yo sé muy bien cómo contesta D. Pedro:

Para estar acomodado
Cualquiera tiene experiencia.

Arteaga.—No veo razon para que en ese baratillo figuremos solamente los juaristas; tambien las otras fracciones liberales tienen sus vejestorios.

El Nigromante.—En hora buena; ponga vd. en exhibicion á las personas que le agrade, aun á mí mismo.

Arteaga.—Si el partido liberal de hoy es un baratillo, ¿qué son los conservadores?

El Nigromante.—Basurero.

Julio 8 de 1871.

CÓMO BAJA EL ESPÍRITU SANTO, SEGUN "LA VOZ DE MÉXICO."

Ventum seminabunt,
et turbinem colligent.

El Nigromante.—Presentándoseme vd. con careta y haciendo uso de la palabra divina, para injuriarme, no sé cómo introducirlo en esta casa de Altamirano: nuestra visita tendrá eso de extraño; pero yo deseo que vd. se persuada de que si no he contestado á sus artículos, no es porque yo tema la discusion, ni por desprecio, sino porque son muy pocos los periódicos que la casualidad pone en mis manos.

La Voz de México (sin abandonar su careta).—Insisto en que el catecismo del Padre Ripalda es bueno y necesario, y en que vd. es un escritor. . . . libertino.

El Nigromante.—Comenzando por mi *inmoralidad*, quiere vd. decirme en qué la hace consistir, ¿en el asunto ó en las palabras?

La Voz.—En la forma y en la materia. ¡Ideas lúbricas! ¡frases obscenas!

El Nigromante.—No volveré á usar de ese lenguaje, no porque sea malo, sino porque abundan los modos de expresar una misma idea. Esa ridícula honestidad es una invencion moderna para uso de las clases más corrompidas; la seguiré